

CAPÍTULO 1

CUENTAS Y CUENTOS: UNA RECENSIÓN SEMIÓTICA

JESÚS ALBERTO SUÁREZ PINEDA
Fundación Universitaria San Mateo

Chuang Tzu soñó que era una mariposa y no sabía al despertar si era un hombre que había soñado ser una mariposa o una mariposa que ahora soñaba ser un hombre.

HERBERT ALLEN GILES
(compilado por Borges y Casares, 1967, p. 20)

Introducción

Contabilidad viene de *contar*. Parece sencillo, ¿verdad? Sin embargo, no es tan fácil como creemos. Aunque contabilidad y contar parezcan algo similares, las diferencias conceptuales son notables. Hay algunos problemas. Por ejemplo: ¿hacer contabilidad es tan sencillo como contar?; ¿qué es lo más esencial de la contabilidad?; ¿las cifras contables son esotéricas como el número áureo de Fibonacci que Pacioli estudia en su libro *La divina proporción*?; ¿por qué no es posible que la ecuación contable sea una *identidad*, tal como la entienden los matemáticos?; ¿pertenece la ecuación contable exclusivamente a la contabilidad, o más bien es un caso particular de una ley física del equilibrio, en el sentido del principio universal de conservación de la energía?; ¿qué representa

la contabilidad?; ¿en qué sentido los balances contables son razonables y sensatos? Y se puede proseguir con un sinnúmero de problemas.

De antemano cabe aclarar que no pretendemos dar respuesta a tales interrogantes. Solo queremos poner de relieve que son muchas las dificultades con que tropezamos al querer comprender la naturaleza del arte de contar en contabilidad. Sea como fuere, el caso es que nadie ha dado la última palabra a propósito de tales interrogantes. Más aún, basta reflexionar sobre la complejidad de esos problemas, para darse cuenta de que nunca obtendremos una fórmula mágica en el arte de resolverlos. En este capítulo estudiaremos la acepción *contar* con el sentido de computar o calcular, en sus relaciones con la contabilidad.

«¿Sabes contar?» Contabilidad y literatura

Lewis Carroll (1832-1895), el célebre literato y matemático inglés, es el autor del cuento *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, continuación de las aventuras de *Alicia en el país de las maravillas*, que sirvió de motivación para la escritura de este trabajo. Obras de fantasía como estas dos *Alicias* fueron escritas para estar al alcance de los niños. Lewis Carroll siempre expresó su «miedo tremendo» a que el cuento de Alicia cayera en las pesadas manos de los eruditos y se volviera «frío y monumental como una tumba clásica». Esto sería un absurdo, según advierte en la introducción a su edición de *Alicia anotada* (Carroll, 2010, p. 7) el astrofísico Martin Gardner (1914-2010), autor de *Izquierda y derecha en el cosmos* (1985), para quien la obra literaria de Carroll desempeña un papel central, como sucede en este capítulo.

En *Alicia a través del espejo*, la Reina Blanca quiere saber si Alicia puede ser reina, poniéndola a prueba, asumiendo una actitud inquisidora de autoridad. El examen comienza con una operación aritmética de tipo particular: la adición. Alicia Reina, una chiquilla que jamás había esperado llegar tan pronto a ser Reina en el juego de ajedrez, es sometida a realizar una suma colosal: «¿Cuánto es uno y uno y uno y uno y uno y uno y uno y uno y uno y uno?»¹ «No lo sé —dijo Alicia— he perdido la cuenta»². Todo había ocurrido de manera tan extraña que no sintió la menor sorpresa al ver sentadas junto a ella a la Reina Roja y la Reina Blanca, una a cada lado. Le habría gustado pre-

1 “What’s one and one and one and one and one and one and one and one and one and one?”

2 “I don’t know,” said Alice. “I lost count.”

guntarles cómo habían llegado, pero pensó que quizá no sería de muy buenos modales hacerlo, o que si acaso habría terminado la partida de ajedrez. Una de ellas afirmó con tono ceremonial que si de verdad quería ser Reina primero tenía que aprobar el correspondiente examen. Era la Reina Roja quien hablaba, la quintaesencia de todos los gobernantes, que vuelve a representar el papel de la inquisidora Reina de Corazones en *Alicia en el país de las maravillas*.

De la palestra de este científico estadounidense también nacieron muchas recreaciones matemáticas. Como escritor, Martin Gardner (figura 1.1) «abrió los ojos del público en general a la belleza y fascinación de las matemáticas» (Pickover, 2014, p. 408).

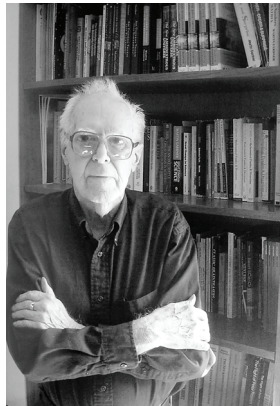


Figura 1.1. Martin Gardner, autor de *Alicia anotada* (Carroll, 2010) y de *Izquierda y derecha en el cosmos* (Gardner, 1985), en que la obra literaria de Lewis Carroll desempeña un papel importante. Alimentó el interés por las matemáticas. Aquí aparece junto a seis estanterías de sus publicaciones.

Fuente: Pickover (2014, p. 409).

Luego viene la prueba de protocolo. De repente se ve convertida en anfitriona. Alicia no tenía idea de que iba a ofrecer un banquete en la víspera del día en que conversaba con la Reina Blanca y con la Reina Roja; ambas a porfía habían tenido el gusto de invitarla a un banquete que ofrecería la misma Alicia, sin saberlo. Se trata, por cierto, de un juego de mundos posibles. Pero era verosímil que Alicia, una niña de siete años, no se había percatado de escoger a los invitados, conforme a las normas de protocolo: lo que era de esperar en el juego lógico de la narración literaria; de modo que fueron precisamente las dos reinas que se dieron a la tarea de hacerlo, para que Alicia no pasara por una niña que no hubiera aprendido buenos modales en la escuela. Ante lo cual Alicia objeta rápidamente con cierto chascarrillo que

las lecciones de la escuela no enseñan buenos modales, lo que enseñan es a sumar, a restar y cosas por el estilo. Alicia cambia de discurso, pasando de la ficción literaria de los juegos de lógica a la aritmética de las cuentas. Cuentos y cuentas se conjugan aquí de manera maravillosa en el arte de contar.

Muchas veces, en el mundo académico, suele suceder algo similar. Se reciben invitaciones de colaboración que pueden llegar de manos de personas con las que no *contábamos*, como ocurrió con la aventura intelectual que implicó la primera versión del *Diccionario Oxford*.

En el pasaje citado como epígrafe de la primera parte de este libro, tomado del cuento *A través del espejo* de Lewis Carroll, hay tres elementos que no se pueden pasar desapercibidos: autoridad, cuenta y adición. Alicia, luego de haber saltado el último riachuelo, se encuentra ahora en la última casilla de dama, en que el peón puede convertirse en la pieza que quiera. Naturalmente elige reina, la pieza más poderosa del ajedrez. Alicia tiene en su imaginación la *autoridad* de mandar o conducir a sus eventuales súbditos. Pero para ser una verdadera Reina primero tiene que saber la *adición*, es decir, una operación aritmética de pensamiento, que tradicionalmente conocemos como «suma». Alicia Reina pierde la *cuenta*. ¿Pertenece esta narración a una lógica del sinsentido? Esto debería tener sentido, más aun, tratándose de un matemático tan avezado como Lewis Carroll, tan experto en lógica y tan buen escritor. ¿Para qué sirve una Reina sin sentido? Si era realmente una Reina, el conocimiento de las matemáticas le haría decir siempre la verdad, pensar antes de hablar y registrarlo todo después, como suele ocurrir con el trabajo contable.

Los cálculos con números pueden ser duros. Obtener el número correcto de una cuenta puede ser difícil. En el mundo del espejo al que nos hemos venido refiriendo, Alicia se topa con varios problemas de aritmética. El capítulo sexto de la consabida obra plantea el mismo problema de hacer la adición, pero al revés. Alicia conversa con Cabezota en persona³, un huevo que fue aumentando de tamaño y su aspecto era cada vez más humano, con ojos, nariz y boca.

3 Hemos preferido traducir por «Cabezota» el juego de palabras del nombre que Lewis Carroll le dio a su personaje de «Humpty Dumpty» —que con la misma gracia bien podría traducirse como «Zanco Panco»—, para no perder la cabeza que tuvo que tener este divertido personaje de *Alicia a través del espejo* al tener que sumar $1+1+1+1+1+1+1\dots$ (364 veces), y así comprobar la sustracción que Alicia le propone a fin de restar trescientos sesenta y cinco días de uno, en el contexto que aquí se explicita.

- ¿Cuántos días tiene el año?, preguntó Cabezota.
- Trescientos sesenta y cinco, contestó Alicia.
- ¿Y cuántos cumpleaños celebras?
- Uno.
- Y si de trescientos sesenta y cinco restas uno, ¿cuántos quedan?
- Trescientos sesenta y cuatro, naturalmente. (Carroll, 1969, p. 83).

Esta vez Alicia no perdió la cuenta. Pero Cabezota pareció dudar. Para convencerlo, Alicia sacó su cuaderno de notas e hizo la resta:

$$\begin{array}{r} 365 \\ -1 \\ \hline 364 \end{array}$$

«El cálculo parece correcto», consintió Cabezota, comprobando mediante la adición sucesiva de días del año —según creemos— la operación aritmética en cuestión, así:

$$\begin{array}{r} 365 \\ \hline \cdot \\ \cdot \\ +1 \\ +1 \\ +1 \\ +1 \\ +1 \\ +1 \\ +1 \\ \cdot \\ \cdot \\ +1 \end{array}$$

- ¡Pero si lo mira al revés! —le interrumpió Alicia.
- ¡Oh, sí! —dijo alegremente Cabezota, mientras la niña ponía bien el cuaderno. (Carroll, 1969, p. 83).

Contar consiste, en efecto, en sumar o sustraer unidades para formar cantidades diversas. Sin embargo, en tales operaciones aritméticas, casi nunca nos detenemos a considerar qué es esa unidad que añadimos o sustraemos

en un contexto determinado. Pensar en la naturaleza de la unidad no solo nos conduce al problema de la cantidad, sino también a la idea de multiplicidad que descubre el propio yo que se sustrae o se pone en el tiempo. Debemos advertir la perspicacia de Lewis Carroll de comparar la forma del tiempo del día de nuestro cumpleaños —por supuesto, también, los de no cumpleaños— con la operación aritmética, que es la operación más *temporal* que existe.



Para concluir este apartado, nos interesa proponer una interpretación personal del texto citado de *Alicia a través del espejo*, en sus relaciones con la portada que hemos escogido para este libro. En ella se representa a Jano, el dios romano de las puertas, y, aquí, una alegoría de la contabilidad prudencial como símbolo de la probidad contable. En el tiempo de Jano, pasado y futuro solo son presente. «¿No es ridículo discutir acerca del pasado y del futuro sin conocer el presente? Es como contar sin conocer la unidad» (Maharshi, 1992, p. 103).

En el museo de la memoria histórica de la contabilidad hemos llegado a la conclusión de que toda mediación pedagógica ha de hacerse desde la vitalidad del presente (Escobar, 2019). «Los tiempos son tres», dice Agustín (1952): «presente del pasado, presente del presente, presente del futuro» (p. 593). Estas tres modalidades están en el corazón de las personas. Corazón y cabeza convergen en todo proyecto cultural de mediación pedagógica, en el sentido de Pascal, cuando dice en sus *Pensamientos*: «El corazón tiene sus razones que la razón no conoce»⁴ (Pascal, 1964, p. 146). Esto va más allá de la disyuntiva entre «demostración científica» y «decisión irracional», y da cabida a la «razón insuficiente», que alude a la posibilidad de obtener credibilidad sobre la base de argumentos plausibles (Blumenberg, 2002, p. 12), a la «razón cordial», en el ámbito de la ética y de la educación (Cortina, 2009) como complemento de la «razón científica», todavía insuficiente para comprender las visiones no antropocéntricas: «El ser brilla en el corazón, incluyendo el cuerpo y el mundo» (Maharshi, 1992, p. 113). Esto plantea la necesidad de salvaguardar el biocentrismo de nuestras comunidades ancestrales para contrarrestar las actuales formas de hacer, de tener, de ser y de contar que se sustentan en la degradación de la naturaleza y la cultura (Álvarez Fonseca, 2009).



⁴ « Le cœur a ses raisons, que la raison ne connaît point ».

Sumptus duc!, «haz la suma de gastos»

Los antiguos romanos del siglo segundo antes de nuestra era hacían la suma como Cabezota: al revés. La cuenta se hacía de abajo hacia arriba hasta alcanzar lo que se denominaba *summa*, es decir, la «cifra superior». Por eso hoy denominamos *suma* a la operación de la adición (Benveniste, 1969, p. 99).

El poeta arcaico Lucilio (c. 170-c. 114 a. C.) presenta un ejemplo único de sumar deudas y gastos en tiempos de la antigua Roma: *sumptus duc!*, «haz la suma de gastos»⁵. Dicho de otro modo: «saca la cuenta de gastos (desde abajo hacia arriba) hasta llegar a un total». En el lenguaje contable, la palabra latina *sumptus* significa ‘gasto’ o ‘costo’; se deriva del verbo *sumere* ‘tomar’, que para el caso del sustantivo significa propiamente ‘lo que hay que tomar para obtener algo’⁶.



Expresiones tales como «¿qué precio tiene?», «¿cuánto vale?» parecen ser preguntas frecuentes en los fragmentos sobrevivientes de las sátiras de Lucilio (Damon, 2018, p. 236). Tales expresiones dan cuenta de los valores culturales del mundo romano, en el «siglo de la revolución» que provocaría el ocaso de la República, tras el asesinato del tribuno Tiberio Graco, en 133 a. C. En la sátira «La vida cotidiana» de Lucilio, tomada de uno de sus «libros inciertos» (*ex libris incertis*), el autor lanza sus ataques contra la corrupción; describe en pocas líneas los oscuros ajetreos de los senadores y del pueblo romano:

Desde la mañana a la noche, tanto en día festivo como de trabajo, todos —la plebe y los patricios— se agitan bulliciosos en el foro y no salen de él. Y todos, todos se encuentran entregados a un solo afán, a un único arte: estafarse hábilmente, luchar mediante engaños, hacerse trampas, adular y fingirse tontos, simular buena fe,

⁵ Esta es la referencia completa del verso aislado de Lucilio: *age nunc summam sumptus duc atque aeris simul adde alieni*, «Vamos, presenta ahora el balance de los gastos y añade al mismo tiempo la suma de las deudas» (Lucilio, 1991, p. 116, fr. 614 Guillén [= 884-5 Marx; 906 Warmington]. Cfr. Lucilio, 1938, t. 3, p. 292; Damon, 2018, p. 238).

⁶ De ahí expresiones como *suo sumpto*, ‘a sus expensas’, *sumptu publico*, ‘a expensas públicas’, *sumptus suppeditare*, ‘hacer frente a los gastos, cubrir los gastos’, *sumptus in aliquid facere*, ‘gastar en algo’, *in militem sumptum facere*, ‘hacer gastos para el mantenimiento del ejército’, *sumptui parcere*, ‘ser parco en los gastos, limitar los gastos, no gastar mucho’, y muchas otras.

quebrantar la palabra dada, traicionar al amante,
 como si todos fuesen enemigos de todos.
 (Lucilio, 2004, p. 20; *cf.*: Lucilio, 1938, p. 373, fr. 1145-51 Warmington).

Lucilio nació en el seno de una familia de padres ilustres y ricos. Fue el primer ciudadano romano nacido libre que se dedicó a un género de poesía cercano a la prosa: la sátira, invención de los romanos. Adquirió una gran cultura; conocedor como ninguno de las literaturas latina y griega, además de la filosofía griega. Sabemos que escribió cerca de 30 libros de sátiras (*Saturae*), de los que conservamos casi 1.400 fragmentos que contienen expresiones sueltas y trozos de versos, en ocasiones versos enteros, como el que citamos en la nota acerca de hacer la suma, o incluso partes de algunas líneas de extensión, como la anterior sátira «La vida cotidiana» (Kytzler, 1989, p. 158; De Cuenca, 2004, p. 174).

En el apartado anterior vimos cómo la operación aritmética puede ser muy dispendiosa de hacer cuando perdemos la cuenta. Cabezota no tenía tiempo de repararla entera ahora, de modo que decidió asentir diciendo: «*parece que está bien*», y replicó que eso demostraba que había 364 días en que uno podría recibir regalos de «no cumpleaños», además del acostumbrado regalo que uno suele recibir el día de su cumpleaños. ¿No es así? Pero por ahora es preciso aclarar algunos asuntos de carácter etimológico, como para variar.

En español moderno, el verbo *contar* es voz patrimonial del latín *computare* ‘computar, calcular, contar’, propiamente ‘hacer un recuento’; de ahí la acepción derivada de *contar* con el sentido de ‘narrar, relatar’. Es así como asistimos en la lengua castellana al nacimiento de dos formas de nombrar la contabilidad.

Pregunta Moratín en la escena octava del acto segundo de su obra *La comedia nueva*: «Dígame usted, ¿sabe usted contar? ¿Escribe usted bien?».



«Sí, señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante» (Moratín, 1944, p. 371). Así responde un paje a su interlocutor. Le dice que en su empleo anterior él era mayordomo, de suerte que él era el que gobernaba la casa; siempre se portó como es debido, con mucha honestidad, al son de *cuentas claras y chocolate espeso*. Ninguno podía dar quejas de él. Es evidente la intención didáctica del autor. Esta

idea de relacionar cuentas con probidad la desarrollamos en este trabajo en un contexto sociohistórico.

Cuentas y cuentos: su misteriosa relación

La indagación de la misteriosa relación entre *cuentas* y *cuentos* es similar a un viaje al «país de las maravillas». La contabilidad no solo cuenta, también relata. Contar significa tanto computar cuántos objetos hay en un grupo como relatar o referir un suceso; por ejemplo, cuando decimos *contar el ganado* y *contar un cuento*. De ahí todas las demás acepciones como contar *el dinero* y *pagar de contado*.

En la expresión «el dinero, para contarlo se ha hecho» contar significa saber cuánto dinero hay. Del mismo modo, contar ovejas significa saber cuántas unidades hay en el rebaño, contándolas una por una: uno, dos, tres, cuatro, cinco... El último número nos dirá qué tantas son las ovejas. Así, los números son la expresión de la cantidad.

Los números se denotan por símbolos, pero no son símbolos. Pero, ¿cómo se representan los números? Muchas culturas utilizan los más diversos símbolos para representar el mismo número. Los símbolos continúan vigentes con el paso de milenios y en algunas ciencias como las matemáticas, en efecto, siguen estando muy arraigados, estableciendo un lenguaje particular, como es el caso de los numerales, los símbolos utilizados para escribir un número.

Los números cuentan cosas, pero no son cosas. Sirven para contar el ganado, contar los votos, contar el dinero; llevan los registros de nuestros bienes; también garantizan que las dosis de nuestros medicamentos sean seguras y efectivas; orientan el rumbo de nuestros vuelos de negocios o de vacaciones. Pero también hacen posibles las armas nucleares, y guían bombas y misiles hacia sus objetivos militares (Steward, 2009, p. 11).

Los números son abstractos: son construcciones mentales. Sin embargo, tienen un papel importante en los hechos cotidianos de la vida moderna. Sin números, la civilización moderna, tal como ahora la conocemos, no podría existir. Contar es decir números en orden. Un número es una palabra que expresa cuántos objetos hay en un grupo. Números tales como 1, 2, 3... forman parte de un conjunto en que existe un orden fijo.

En los países de Occidente estamos acostumbrados al sistema de numeración actual, con sus diez dígitos decimales 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9, que puede producir sorpresa el advertir que hay culturas en otras partes del mundo que están casi desprovistas de términos numerales estrictos. Sin embargo, manejan el sentido de los números, aunque sea de manera rudimentaria. En el pasado reciente, los vedas de la antigua Ceilán, hoy Sri Lanka, contaban con expresiones generales, tales como *un objeto, una pareja, otro objeto, muchos* (Schmandt-Besserat, 1999, p. 8).

Las tradiciones de origen védico de la filosofía hindú utilizaban expresiones que muestran diversos métodos de manifestar la pluralidad, en que hay toda una gran variedad de multiplicidades de conceptos que convergen en la unidad, expresada en lenguaje poético y mítico de diferentes maneras en sus versos crípticos, como este de singular belleza: «Ardiendo en muchos sitios el fuego es uno». Por ello hicieron hincapié en distinguir entre *uno* y *dos*, o más específicamente entre *uno* y *muchos*. Pero, en cualquier caso, ¿cuándo y cómo comenzó el uso de los numerales?, ¿cómo se estableció el vínculo entre contabilidad y contar? Esta cuestión nos lleva a los mismos inicios de las matemáticas.

Sin embargo, aunque parezca sorprendente, no siempre se utilizan los números para contar. Se puede contar por días, por años, por siglos, con los dedos, con piedras. También sirven para medir el instrumento con que se notan las unidades: contar por brazadas, por codos, por pies.

Ahora bien, ¿cómo cuenta la contabilidad? Como se revela en esta recensión semiótica, la contabilidad tiene ante todo su propia concepción del número Jano: ordinal y cardinal. Sucesión y cantidad se dan al mismo tiempo en la representación contable. Ambas funciones, la ordinal y la cardinal, son inseparables: guardan una relación de consistencia mutua. En la visión ordinal, el número es visto como el eslabón de una cadena de fenómenos patrimoniales que clasifica y ordena; en la visión cardinal, es cantidad pura de los aspectos que mide de esos fenómenos. El cardinal mide, el ordinal ordena (Guedj, 1998, p. 21). Desde este punto de vista, la contabilidad presenta propiedades espaciotemporales y cuantitativas del patrimonio que mide y ordena en función de la representación contable, en sus relaciones con las matemáticas, la lógica y la estadística.

Pero también es una pregunta relevante: ¿cómo relata la contabilidad? En primer término, a través de la rendición de cuentas de los hechos patrimoniales que valora, en razones tomadas de las ciencias de la naturaleza, al igual que de las ciencias sociales y humanas. Otra razón aducida por la contabilidad es la transdisciplinariedad que nos lleva a descubrir relaciones complejas entre las ciencias económicas, administrativas y contables, pero además con la política, la filosofía, el derecho, la ética y otras áreas del conocimiento que le son afines. Dentro de los límites de investigación que nos hemos fijado, en el presente libro exploraremos relaciones transdisciplinarias de la contabilidad con cuatro aspectos fundamentales para entender un pueblo: historia, literatura, arte y religión, con miradas desde la filología, la arqueología y la antropología, y otros campos de las ciencias humanas y sociales a los que acudiremos según lo requiera el contexto.

Con todo, la razón de más peso que la contabilidad hace valer es *su carácter de ciencia prudencial* que la aproxima a una aritmética moral en el amplio campo de los estudios políticos. Este programa lleva el nombre de Cuentas y Cuentos con Probidad Contable. Se trata de una estrategia ética que rastrea el trabajo de la custodia y el gobierno de las cuentas públicas para educar en la probidad contable, con base en un abordaje transdisciplinario desde el paradigma de la complejidad en su ideal de unir los conocimientos. Para el caso específico de esta obra la cuestión de la probidad contable se abordará en su devenir sociohistórico.

En la historia del nombrar la contabilidad en los últimos 10.000 años,



en un número representativo de lenguas indoeuropeas de Occidente han conservado dos maneras de nombrarla que se desglosan de la operación aritmética de contar. Una de ellas tiene que ver con la idea de *cuenta* (cómputo), la otra, con la de *cuento* (cómputo y relato).

Por cómputo entendemos cálculo y apreciación; por relato, en cambio, narración, exposición. Dicho de otro modo: cuentas y cuentos son inherentes a la forma como cuenta la contabilidad. Para el caso de los orígenes del español, la expresión «cuentas y cuentos» reúne estas dos acepciones antiguas de «contar» (cómputo y relato) que aparecen desde los primeros documentos del idioma; de suerte que la acepción etimológica 'calcular' es tan vieja en español como la acepción derivada 'relatar'.

Esta síntesis etimológica de la palabra *contar*, sin embargo, es discutible y carece aún de precisión. Tan solo recuerda y llama la atención sobre la infraestructura del pensamiento, el terreno abonado de desplazamientos semánticos que cristalizó la expresión «cuentas y cuentos». Es preciso abarcar la extensión entera del campo lingüístico, rastreando los elementos retóricos tácitos, para comprender el fenómeno de difusión de la relación entre léxico y cultura, que sostienen las abstracciones más sutiles de la terminología contable. Aquí cabe preguntar: ¿cómo surgió el cambio semántico de los vocablos *cuenta* y *cuento*?

Tanto *cuenta* (cómputo, cálculo, apreciación) como *cuento* (cómputo y relato) tienen una relación genealógica, por cuanto ambas palabras provienen del latín *computare* 'computar, calcular, sumar, sacar un total', compuesto del prefijo *com-* 'juntos, colectivamente' y *putare* 'juzgar, valuar, calcular, verificar (una cuenta), limpiar' (Gómez de Silva, 1998, pp. 185-186; García, 1985, p. 117; García de Diego, 1951, pp. 70, 119; Monlau, 1946, p. 556; Cuervo, 1994, pp. 446-452; Roberts & Pastor, 2018, p. 133; Vox, 2002, t. 1, p. 503).

El paso del latín *computare* a *contar* y del latín medieval *computu* a *cuento* se dio mediante una alianza de presencia y ausencia, posición y omisión de fenómenos fonéticos ya conocidos por los estudiosos de los orígenes del español, especialmente por lo que respecta a los análisis diacrónicos de las voces patrimoniales del latín (tabla 1).

Tabla 1.1. Etimología de cuentas y cuentos. Paso del latín *computare* a *contar* y del latín *computu* a *cuento* en español

| Computare <i>contar</i> | Computu <i>cuento</i> > <i>cuenta</i> |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 1° Pérdida muy tardía de la vocal <i>u</i> pretónica en <i>computare</i> > <i>comp̄tare</i> . | 1° Pérdida de la vocal <i>u</i> postónica en <i>computu</i> > <i>comp̄tu</i> . |
| 2° La prematura agrupación de tres consonantes <i>mp̄t</i> intervocálicas por pérdida de la vocal pretónica <i>u</i> favoreció la conservación de la <i>t</i> sorda. | 2° La prematura agrupación de tres consonantes <i>mp̄t</i> intervocálicas por pérdida de la vocal postónica <i>u</i> favoreció la conservación de la <i>t</i> sorda. |
| 3° Pérdida de la consonante interior pretónica en <i>comp̄tare</i> > <i>contare</i> . | 3° Pérdida de la consonante interior postónica en <i>comp̄tu</i> > <i>contu</i> . |
| 4° La <i>m</i> final de sílaba se hizo <i>n</i> en <i>contare</i> > <i>contare</i> . | 4° La <i>m</i> final de sílaba se hizo <i>n</i> en <i>contu</i> > <i>contu</i> . |
| 5° Conservación de la vocal pretónica <i>o</i> en <i>contare</i> . | 5° Diptongación de la vocal tónica <i>o</i> en <i>contu</i> > <i>cuentu</i> . |
| 6° Pérdida de <i>e</i> final de palabra en <i>contare</i> > <i>contar</i> . | 6° Apertura de <i>u</i> en <i>o</i> , en posición final, <i>cuentu</i> > <i>cuento</i> . |

Nota. El símbolo > significa ‘de donde procede’ en la analogía fonética estudiada.

Fuente: elaboración propia (cf: Corominas y Pascual, 2001, t. 2, p. 273, líneas 14-18a; García de Diego, 1951, pp. 52, 70, 119; García de Diego, 1961, p. 187; Lapesa, 1981, p. 76; Gil, 2004, p. 153).

En español medieval de fines del siglo xv se usaba *cuento* con el sentido de *millón*, italianismo introducido a partir de ese momento (Penny, 1993, p. 152). Por lo que respecta a la lengua italiana, la palabra *milione* (con una sola *l*, proviene del latín medieval *millionem*, aumentativo de *mille* ‘mil’) data del siglo xiv. El mercader y explorador veneciano Marco Polo (1254-1324) tituló su libro *Il Milione* (figura 1.2), es decir, el millón, por alusión a las mil y una aventuras de los viajes de Marco Polo a la antigua Catay, hoy China, y que componen su *Libro de las cosas maravillosas* (figura 1.3), como también es conocido por la traducción de Rodrigo Fernández impresa en Sevilla en 1518 (Polo, 1958; 2004), o tal vez por la tendencia del autor a referirse en este libro a grandes cantidades, o a muchas cosas extraordinarias, de vistas y oídas, contadas mil veces mil, también, de diferentes maneras.



Figura 1.2. Portada de *Il Milione* [El Millón] de Marco Polo, según la versión del siglo XIII del óptimo manuscrito. A la izquierda, parte frontal de la caja que contiene el libro que está a la derecha.
Fuente: edición de Giulio Einaudi (Polo, 1958).



Figura 1.3. Portada de *Libro de las cosas maravillosas* de Marco Polo. Versión facsímil de la traducción de Rodrigo Fernández de Santaella impresa en Sevilla en 1518.
Fuente: edición de *Revista Credencial* (Polo, 2004).

Tenemos la misma percepción de grandes cantidades cuando pensamos, por ejemplo, en el significado de la palabra *millionario*, para referirnos a una persona que tiene mucho dinero. Sin embargo, el uso castizo en español de *cuento* para denominar el numeral *millón* continuó vigente durante los siglos XVII y XVIII.

El lexicógrafo español Sebastián de Covarrubias (1539-1613) explica que un *cuento* equivale a un millón (1.000.000): «Es un cuento diez veces ciento mil» (Covarrubias, 1943, p. 352). En la fraseología para contar un millón de los manuales españoles de aritmética del siglo XVIII todavía se decía *cuento* para significar ‘diez centenas de millar’. Dicho en lenguaje matemático: $10 \times 100 \times 1000 = 1.000.000$ (Narciso Herranz, 1790, p. 3).

El conocimiento de los números y su orden ha sido un aporte fundamental de los árabes para Occidente. En el siglo XI los matemáticos árabes suscitaron el interés del mundo entero por sus conocimientos matemáticos. Una muestra representativa de las matemáticas árabes es el *Compendio sobre el arte del cálculo* (Samh, 2006), atribuido a Ibn al-Samh, *el geómetra* (c. 979-1035), matemático y astrónomo andalusí. El *Compendio* es un breve tratado de aritmética escrito en árabe, muy didáctico, ideado para enseñar los guarismos y los cálculos más sencillos.

Has de saber que en el orden de los números están en primer lugar las unidades, desde uno hasta nueve. En segundo lugar las decenas, desde diez hasta

noventa, aumentando de diez en diez. En tercer lugar, las centenas, desde cien hasta novecientos, aumentando de cien en cien. En cuarto lugar los millares, desde mil hasta nueve mil, aumentando de mil en mil. En quinto lugar, las decenas de millar, desde diez mil hasta noventa mil, aumentando de diez mil en diez mil. Repetimos después lo mismo con las centenas de millar, después con los millares de millar, después con las decenas de millares de millar, después con las centenas de millares de millar, después con los millares de millares de millar, y de esta manera hasta el infinito. (Samh, 2006, p. 49).

Por otro lado, cabe anotar que si bien es cierto que el representar los números fue una función primordial en el desarrollo de las matemáticas, los números asumieron también otra función: calcular. Pero la falta del cero fue uno de los inconvenientes más graves del sistema de numeración romano. En Europa lo introdujeron los árabes en el siglo XIII, aunque los matemáticos indios ya utilizaban el cero en operaciones aritméticas, alrededor del año 650, mediante un sistema de numeración de posición, con un cero. En su sabiduría matemática, un asno en el peldaño más alto valía más que un león en el peldaño inferior. Así, el 1 de 1.000 vale más que los tres 9 de 999.

Con el tiempo, este conocimiento se propagó a los mundos de los árabes, chinos y europeos, lo que permitió que el cálculo con números grandes fuera posible, además de facilitar los procedimientos de cálculo para el comercio, la industria, la física y la química. Sin embargo, hacia 665, la civilización maya de América Central desarrolló también el concepto de cero, pero desafortunadamente no repercutió en otras culturas.

Sabemos que los mesopotámicos desconocieron el cero. Los escribas dejaban un espacio donde debía haber un cero en sus cuentas. Finalmente, inventaron un símbolo para representar el vacío entre sus numerales, de modo que es probable que no consideraban el cero un número como los demás. En síntesis, la invención del cero permitió a la humanidad hacer más expedito el camino para representar números grandes y alcanzar mayor eficacia en los diversos campos del conocimiento, desde el comercio hasta la física (Pickover, 2014, p. 80; Guedj, 1998, pp. 26 y 45).

En el manual de *Aritmética pura y comercial* de Diego Narciso Herranz (1755-c. 1837), el arte de contar se aplica al examen de cuántas veces se halla en alguna o muchas cantidades que se cuenten, midan o pesen la que se tome por unidad (Narciso Herranz, 1790, p. 3). La aritmética se concibe como la ciencia que trata de los números, o arte de bien contar (p. 1). Se discute, en fin, que la numeración es el arte de expresar los números o cantidades por medio de caracteres letras o cifras y con los números dígitos o unidades para representarlos, así: 1, uno; 2, dos; 3, tres; 4, cuatro; 5, cinco; 6, seis;

7, siete; 8, ocho; 9, nueve. Para el caso de un número de 13 cifras como un billón, la primera de la derecha corresponde a las *unidades* (1); la segunda, a las *decenas*, 10; la tercera, a las *centenas*, 100; la cuarta, a los *millares*, 1000; la quinta, a las *decenas de millar*, 10.000; la sexta, a las *centenas de millar*, 100.000; la séptima, a los *cuentos*, 1.000.000; la octava, a las *decenas de cuentos*, 10.000.000; la novena, a las *centenas de cuentos*, 100.000.000; la décima, a los *millares de cuentos*, 1.000.000.000; la undécima, a las *decenas de millar de cuentos*, 10.000.000.000; la duodécima, a las *centenas de millar de cuentos*, 100.000.000.000; y la décima tercera, a los *bicuentos* o billones, 1.000.000.000.000. (Narciso Herranz, 1790, p. 3). Para una mejor comprensión de lo expuesto, véase la tabla 1.2.

Tabla 1.2. Forma de contar un millón o *cuento* en el español medieval.

| | | | | | |
|-----------|-------------------|---------------------|-------------------|------------------------------|-----------------------------------|
| 1.000.000 | 10.000.000 | 100.000.000 | 1.000.000.000 | 10.000.000.000 | 1000.000.000.000 |
| Un millón | Diez millones | Cien millones | Mil millones | Diez mil millones | Un millón de millones o un billón |
| Cuento | Decena de cuentos | Centenas de cuentos | Millar de cuentos | Centena de millar de cuentos | Cuento de cuentos |

Fuente: elaboración propia (*cf.* Narciso Herranz, 1790, p. 3; Covarrubias, 1943, p. 352).

Es probable que este uso, hoy anticuado, de *cuento* para designar un millón se relacione con *cuenda*, el hilo con que se sostiene la madeja. La palabra *cuenda* significa toda clase de ‘cordoncillo de hilos que recoge y divide la madeja para que no se enmarañe’; al parecer se deriva del verbo anticuado **condar*, variante fonética de *contar* (Corominas y Pascual, 2001, p. 271).

Covarrubias indica que *cuenda* es una variante de *cuenta*: «se dijo casi “cuenta”, porque con ella la tiene la madeja, como si dijéramos *a coeundo*», es decir, por los atados, porque la *cuenda* en una madeja hace que los hilos se junten unos con otros sin confundirse; del verbo latino *coire* ‘atar; reunirse, juntarse’. De ahí nació el antiguo refrán «andar como madeja sin *cuenda*», por el que anda desaliñado: *hay personas tan desgreñadas que las vemos como madejas sin cuenda* (*cf.* Covarrubias, 1943, p. 378 y p. 778). Por lo demás, como explica Covarrubias, el proverbio español *saber vender sus madejas* hace alusión a los que no se dejan engañar; «esto parece que alude a las viejas que andan vendiendo su hilado por las casas» (p. 778). En materia de *cuendas* para atar madejas, es menester obrar con acierto en nuestras estimaciones de los atados, para no perder la cuenta de los hilos que se calcula reunir por

madejas. Eso de atinar para dar en la cuenta en los atados de una madeja es una situación ancestral que ha ocurrido muchas veces.

En lo antiguo era costumbre poner una cuenda después de contar cien hilos:

Todo se explica tomando en consideración la denominación de la cuenda en otros idiomas: francés *centaine*, catalán *centener* [...] un atado que se daba al final de la madeja de cien vueltas para evitar que se enredara, y para no tener que volver a empezar la cuenta; y modernamente se ha transmitido este nombre al cordoncillo que pasa entre los hilos de una madeja o de un urdimbre, con el mismo objeto. (Corominas y Pascual, 2001, t. 2, p. 271).

La documentación más antigua de *cuenda* para atar data del siglo xv: «De vuestra madeja quebrada es la cuenda» (Cancionero de Baena, 1851, p. 79).

Cuentas y cuentos: una relación de metonimia

Los términos *cuentas* y *cuentos* guardan una relación de consistencia mutua entre conceptos que no estaban vinculados previamente, pero que se debieron a una asociación de sentidos que resultaron de la contigüidad (de significado o de forma); la palabra *contigüidad* indica aquí ‘cercanía’ o ‘yuxtaposición’ en un amplio sentido.

Denominamos *metonimia* a este proceso de asociación de sentidos; es un tropo basado en una relación de equivalencia que consiste particularmente en aplicar a un concepto el nombre de otro que ya antes poseía alguna relación con él entre palabras, en la cual la apariencia se confunde con la realidad: una sustituye a la otra. La metonimia es el producto de un conjunto de metáforas continuadas, mediante un proceso de asociación de sentidos. La metáfora básicamente es una ecuación verbal fundada en la semejanza. Cuando digo, por ejemplo, «sus ojos son esmeraldas», la semejanza está en el color verde de ambos objetos que se equiparan.

Por eso la metonimia no debe reducirse solo a la relación de contigüidad física para oponerla a la metáfora, como suele hacerse. En este sentido, la metonimia se aplica tanto a los significados que aluden a nombres de objetos vinculados en el mundo real, pero que pueden ser considerados independientemente uno del otro. En este aspecto la metonimia se diferencia de los objetos que forman una unidad como ocurre en la *sinécdoque*, tropo que consiste en representar un término mediante otro, cuando el segundo se encuentra en una relación de inclusión o pertenencia respecto del primero; por ejemplo, cuando lo particular es tomado por lo general: *la contabilidad*

antes de la escritura, por la contabilidad en los tiempos prehistóricos; la parte por el todo: un balance bien fundamentado digno de las MANOS del contador que lo elaboraron. Esta relación física de inclusión de la parte por el todo permite reducir la sinécdoque a una variedad de metonimia.

Hay metonimia cuando la causa es tomada por el efecto: *el Caballero de la Triste Figura*, donde el aspecto de don Quijote es el efecto que está muy cercano a la causa: «débelo de haber causado, o ya el cansancio de este combate, o ya la falta de las muelas y dientes», le dice Sancho a don Quijote (Cervantes, 1979, p. 387), o el efecto por la causa: *una persona de cuenta* (Diccionario de Autoridades), es decir, una persona de importancia, donde la causa es llevar cuentas claras, y el efecto su prestancia moral como persona honesta; el continente por el contenido: *hierve como una colmena Santafé de Bogotá* (Ricardo Carrasquilla), lo físico por lo moral: «Ande yo caliente, y ríase la gente» (Góngora); el símbolo por lo simbolizado: *los boinas verdes* por los *miembros de un ejército*; lo abstracto por lo concreto: *Aquí terminan las vanidades del mundo* (cementerio de Choachí, Colombia), donde *vanidades* reemplaza a todas las *personas* y sus deseos. Tal es el caso de *cuenta*, un tipo de metonimia que incluye «el uso de términos abstractos para algunas nociones concretas que guardan relación con ellos» (Mounin, 1979, pp. 121-122; 167). Hay metonimia, al igual que *cuenta* en palabras como *cura*, *custodia*, *guardia*, *encuadernación* (Penny, 1993, p. 283).

En lo antiguo *cura* significó ‘cuidado’; el efecto es el acto de curar o curarse, un hecho concreto que guarda una relación de contigüidad con la noción abstracta de cuidar, como cuando se dice en latín *cura rationum: custodia probitatis*, ‘cuida de las cuentas públicas: custodia de la probidad’. La idea abstracta de *custodia* proviene del hecho concreto que implica la voz latina *custos* ‘guarda, guardador’ de la que se deriva. *Guardia* a su vez tiene su origen en el antiguo alto alemán *warten* ‘vigilar, atender’, capacidad concreta que contrasta con la noción abstracta de resguardar la integridad de algo.

La palabra *encuadernación*, finalmente, también se origina en una relación de metonimia, como ocurrió en los demás casos, de un efecto que se toma por una causa. En este caso particular la acción y efecto de encuadernar se toma por su efecto de proteger con una pasta un libro y un conjunto de hojas que se quieren agrupar o guarecer.

El arte de contar en literatura

Conviene ahora elucidar un poco más el camino alternativo que tomó el genio literario de la lengua castellana para designar la idea de *contar*. Cuando Michel de Montaigne (2009) —inventor del ensayo literario— dice en sus *Ensayos*: «Yo no enseño, yo cuento» (p. 1204), el contexto sugiere aquí la lectura apropiada de que «contar» significa «relatar», es decir, narrar lo que ha sucedido, señalando mayor o menor número de circunstancias (*Je n'enseigne point, je raconte*, literalmente, 'yo no enseño, yo hago un recuento'). Entre los troveros españoles del siglo XIII se encuentra el verbo antiguo *recondar* = francés *raconter* (Corominas, 2001, t. 2, p. 271, líneas 52-55 b).

Podemos ver cómo el verbo *contar* en español es ambiguo: significa 'calcular' y 'relatar'. Montaigne quiere pintar el ser, contarnos el tránsito del día a día, minuto a minuto, acomodando su historia y creación literaria al momento.

En la expresión de lenguaje coloquial: «me lo ha contado un pajarito», contar significa 'decir, relatar'. Se trata de un dicho antiquísimo, posiblemente de origen bíblico: «No digas mal del rey ni aun con el pensamiento, ni digas mal del rico ni en tu alcoba; porque los pájaros llevan la noticia y un alado hará saber tus palabras» (*Eclesiastés*, 10:20). Cuando el malogrado poeta español José de Espronceda (1808-1842) advierte al lector: «*Como me lo contaron te lo cuento*» (Espronceda, 1865, p. 256), el cantor de *El Diablo Mundo* se considera escritor concienzudo, incapaz de forjar una mentira; pretende cantar el cuento de la verdad de un caso que lo admira. Confiesa al lector que ha dudado mucho de los acontecimientos que va a narrar, de modo que se presume como debieron ser. Cervantes dirá: «El cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, lo contáis con muy buena gracia» (Cervantes, 1979, p. 307). Es de notar que el endecasílabo de Espronceda está escrito con cursiva en el original, porque se trata de una frase hecha ya en boga en la época de nuestro poeta y cronista Juan de Castellanos (1522-1606), autor de *Elegías de varones ilustres de Indias* que la trae a colación en su historia y relación así: «Como me lo contaron os lo cuento» (Castellanos, 1944, p. 26), luego de advertir al lector que se ocupará de decir la verdad. Esta frase hecha de la primera mitad del siglo XVI es muy cercana al refrán *como digo de mi cuento, en verdad que no miento*.

Para percatarnos de esta dificultad a propósito del verbo contar basta con examinar, en el citado *Diccionario* de Cuervo (1994), las numerosas referencias de uso que contiene cada una de las acepciones del verbo «contar», en que se distingue con profusión de ejemplos los dos significados más importantes de

contar: computar cuántos objetos hay en un grupo y decir, señalando mayor o menor número de circunstancias, lo que ha sucedido. Ambas acepciones pueden constatarse en autores y traductores españoles de distintas épocas en la formación del idioma. En la pastoría castellana, los poetas líricos españoles de los siglos XVI y XVII traducen con ingenio poético a su nuevo sistema de realidades problemas pastoriles de contar el ganado sin tender a conseguir la precisión expresiva que exige la contabilidad.

Comencemos por citar dos excelentes versiones de autores latinos realizadas por poetas españoles que traducen a la castellana en los justos términos, según la usanza de los pastores y ganaderos de la época. Nos interesa citar en primera instancia la versión de Cristóbal de Castillejo (1491-1556), poeta español del Renacimiento, quien traduce el *Canto de Polifemo* de Ovidio en versos de pie quebrado. Desde el mismo título, se advierte que el poema de Castillejo, «traducido de Ovidio», sigue la pauta dada en el libro XIII de la *Metamorfosis*, con delicioso estilo palabrero, diluyendo los 82 versos del poema de Ovidio en otros 409; parafrasea cada concepto breve y conciso del original latino, moldeando en largo despliegue de cuentas y cuentos cuanto lleva implícito el tema original: las alabanzas y las quejas de Polifemo, el cíclope ovidiano, en su fracasada recuesta de amores. Este poema está reproducido en el tomo primero de la Biblioteca de Autores Españoles de don Manuel Rivadeneira.

Don Rufino José Cuervo cita estos versos, consultando la edición de Rivadeneira, al comenzar su artículo «Contar», en el tomo segundo de su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*:

Tantas son [mis ovejas], que si me pruebas
 Y pides de ellas razón
 Para decir cuántas son,
 No sabré dar de ello nuevas
 Ni recado;
 Que nunca las he contado
 Ni visto tan mala vez,
 Que de pobres hombres es
 Poder contar su ganado.
 (Castillejo, 1935, pp. 18-19; cfr. Cuervo, 1994, p. 446).

La segunda referencia que nos interesa citar es la lírica de fray Luis de León. La noble personalidad del gran poeta español traduce al espíritu pastoril castellano un problema contable similar. Su verbo poético vierte al español la égloga tercera de las *Bucólicas* de Virgilio; trata de dos pastores enamorados que compiten en intercambio de coplas:

Del ganado no pongo, que doy cuenta
 por horas a mi padre, y una dura
 madrastra aun los cabritos también cuenta.
 (León, 1946, pp. 121-122, citado por Cuervo, 1994, p. 446).

El pastor que habla en los versos citados no quiere apostar nada que comprometa al rebaño que está bajo su custodia. No se atreve, porque todo está bajo control: en su casa está el padre y una madrastra fiera, «y ambos recuentan el rebaño dos veces cada día» (Virgilio, 2010, p. 112, v. 34).

En los dos textos anteriores se visualizan sendos problemas del arte de contar. Se trata por cierto de problemas antitéticos de medición y valoración contable, entresacados de los clásicos de siempre. Los poetas latinos los abordaron de manera indirecta en los suelos bucólicos de los más destacados mitos griegos y latinos que tanto les interesaron, pero que fueron vertidos a las nuevas realidades pastoriles de los poetas líricos españoles de los siglos XVI y XVII.

Para el caso del poema ovidiano se aborda el problema de dar cuenta y razón de cantidades enormes, como es el contexto de un enamorado que quiere hacer alarde de sus cuantiosas riquezas para conquistar a su amada. La traducción de Castillejo hace de Polifemo un pastor y ganadero de la más acendrada castellanía. Este es un rasgo diferenciador de los escritores españoles de la época.

Pero como en este libro nos interesa indagar por la historia de la probidad contable, en este reportaje histórico a la contabilidad pretendemos entresacar de escogidas creaciones literarias un marcado sabor moral en las cuentas y cuentos que nos ocupan.



El poema virgiliano, en cambio, plantea un problema contable de control, como el que se expone en este versículo del *Evangelio según San Mateo*: «hasta los cabellos de la cabeza están todos contados» (10: 30).

En los textos citados, se evidencia una transición del vago contar para dar cuentas enormes al escrutinio controlado de cantidades de diversa índole. Por una parte, el poema de Ovidio sugiere que no tiene sentido dar cuenta y razón de las ovejas de una pastor muy rico, de suerte que todo número que se fije siempre será aproximado, sugiriendo que en realidad que es mayor, como cuando el escritor español Juan Valera (1824-1905) dice en su novela *Pasarse de listo*: «Tenían entre ambas más de ocho mil reales al año, que juntos a los doce mil mal contados de don Braulio, sumaban una taleguita anual muy corrida y larga de talle» (Valera, 2000, pp. 47-48; citado por Cuervo, 1994, pp. 446-447).

Por otra, el poema de Virgilio, traducido por Fray Luis de León, se refiere a un rebaño poco numeroso, que se cuenta fácilmente. En ese mismo sentido, Fray Luis de Granada se cuestiona en su *Guía de pecadores*: «Si tan pocos y tan contados son los escogidos —¿cómo no temerás tú en ese tan común peligro y diluvio universal?» (Granada, citado por Cuervo, 1994, p. 447).

Esto puede evidenciarse con aún mayor claridad en otra obra de Valera, *Un poco de crematística*, en que se denuncia los riegos de la crematística, especialmente cuando se pone la estadística al servicio del poder político. «La estadística es un verdadero primor de ciencia, y a fin de que de ella formen pronto los profanos el concepto que merece, podemos definirla como la ciencia que nos cuenta los bocados» (Valera, 1999, p. 186, citado por Cuervo, 1994, p. 446). En la meditación de Valera, la estadística sirve para averiguar «cuánta harina, cuánta carne, cuántas judías y cuántos garbanzos se devoran al año; lo que se gasta en ropa y en calzado; lo que se produce y lo que se consume» (p. 186). Todo esto sería más fácil de averiguar si la gente no disimulara un poco lo que gasta, temerosa de que el Gobierno le imponga más impuestos, al tiempo que las cuentas públicas sean claras, en el contexto de un Estado transparente.

La estadística y la contabilidad son ciencias de gran valía cuando sus cifras no generan postración en los ciudadanos, ante la inutilidad de algunos cálculos que no sirven sino para distraer la atención de las personas del asunto principal. Esto lo pone de manifiesto don Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, cuando explica la expresión *contar las vigas*: «mirar a la techumbre, como hacen los que quieren disimular y no echar de ver todo lo que pasa en el aposento» (Covarrubias, 1943, p. 351). La explicación del gran lexicógrafo español nos hace más comprensible este pasaje de Vicente Espinel (1550-1624), escritor del Siglo de Oro español, autor de la novela *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregón*, publicada en 1618: «Pasé en Milán tres años, como hombre que está en la cama contando las vigas del techo trescientas veces» (Espinel, citado por Cuervo, 1994, p. 446).

Se nos puede pasar la vida papando moscas, o imaginando paraísos y nirvanas, si desconocemos los profundos efectos que han tenido los números en el desarrollo de la civilización humana.

En el refranero español (Martínez, 1986, pp. 162-163) encontramos, para *cuentas* sentencias como: «entre cuentas y cuentos, a las cuentas me atengo»; «cuenta y razón, buenas cosas son»; «cuenta y razón conserva amistad»; «haya buena cuenta, y plata no perezca»; «llevar cuenta de lo que ganas y de lo que gastas, arreglará tu casa»; «quien cuentas no lleve,

nunca sabrá lo que tiene»; «cuentas no son cuentos; la cuenta es cuenta»; «cuentas claras, alegran las caras»; «cuentas turbias, los entrecejos arrugan»; «cuentas y honras, claras»; «las cuentas, claras, y el chocolate espeso»; «las cuentas, claras, o no darlas»; «dar cuenta clara con pago, es de hombre honrado»; «buena cuenta es toma y daca, y todas las demás, caca»; «cuenta errada, que no valga nada; en turbia cuenta, lo mismo da ocho que ochenta».

Y para *cuentos* también hay refranes españoles: «como digo de mi cuento, en verdad que no miento»; «el cuento es cuento, y otro lo inventó, que yo no lo invento»; «bien contado, no es malo ningún cuento»; «mal contado, no es ninguno bueno»; «bien contado, no hay cuento malo, ni bueno mal contado»; «ese es otro cuento, es decir: ese es otro cantar».

Son derivados de *contar* ‘calcular’, documentado en 1140 (gallego-portugués: *conta*; italiano: *conto*; inglés: *account*; francés: *compte*; alemán: *Konto*): *computar*, duplicado culto de *contar*, hacia 1573, derivado de *computare* ‘calcular’, compuesto de *cum*, ‘con’, y *putare*, ‘calcular, pensar’; *computista* —«Fue gran computista y calculador» (Mejía, 1545, *Historia imperial*, 4)—; *cómputo*, ‘cultismo’, 1601, del latín *computus* ‘cálculo’; *computación* ‘cómputo’ —«En esta computación hay alguna diferencia; los alárabes cuentan tres años más» (Mármol, 1573, *Descripción de África*)—; *computador* ‘que computa o calcula’; en lo antiguo, ‘contador’; *computable* ‘que puede ser calculado’; *contable* ‘contador o tenedor de libros de contabilidad’; *contable, incontable; contador* (1362); *contaduría, contabilidad, contabilizar; contante* (en la locución adjetiva *contante y sonante*, que se utiliza generalmente con dinero); *cuenta*, 1330, ‘acción y efecto de contar’ («Echar la cuenta por días y dedos contando» (1550, Lazarillo de Tormes, capítulo 2) y ‘cada una de las bolitas del rosario que sirve para llevar la cuenta de las oraciones que se rezan’ («grandes cuentas al cuello, saben muchas consejas», Juan Ruiz, 1368, *Libro del buen amor*, 438-446c); *descontar*, 1268, propiamente ‘dejar de contar algo’; ‘contar de menos’; *descuento*, 1495; *recontar, recuento*, siglo XVIII (cfr. Cuervo, 1994, pp. 446-452; Corominas & Pascual, pp. 180-181).

Además de las acepciones ya indicadas de ‘computar o calcular’, *contar* tuvo el sentido general de ‘pagar en efectivo o en especie’, especializándose luego como ‘pagar el dinero en efectivo’.

Algunas obras literarias son fuente de hechos culturales que acogen los más diversos contextos contables en sus expresiones artísticas. Para comprobarlo, comenzamos una lectura atenta del artículo «Contar», del colosal *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, obra original de don Rufino José Cuervo. Citaremos algunos pasajes de los autores clásicos

cos estudiados por Cuervo en este artículo que contiene todas las acepciones del verbo «contar» en español (Cuervo, 1994, t. 2, pp. 446-452). Esta joya de la lengua castellana es un maravilloso acervo cultural de mucha ciencia y sabiduría que logró conducir la lengua castellana a su perfección en su aspecto más entrañable: los verbos. En miles de abigarradas páginas a doble columna se despliega la mayor información posible.

Hecha la selección contable de citas (las cursivas de estas son nuestras), concluimos, en términos generales, que *contar* es enumerar uno por uno, o por grupos, objetos homogéneos para saber cuántos de ellos hay.

En el capítulo X del esclarecedor *Tratado y discurso sobre moneda de vellón*



—publicado en 1609 (Mariana [1854], 2017)—, su autor, Juan de Mariana (1536-1624) dice: «Esta moneda gasta tanto tiempo en contarse, que es necesario un día para contar mil ducados» (p. 586; *cf.*: Cuervo, 1994, p. 446). El padre Mariana denuncia una práctica monetaria, habitual en la época, que utilizó la Casa de Austria para aumentar los ingresos del Estado: reducir en las monedas el contenido de vellón, una

aleación de plata y cobre, de que estaban hechas. Esta práctica se consideraba como un robo. Con gran valentía y decisión el padre Mariana advertía al rey que no podía apropiarse de los bienes de los súbditos ni exigir impuestos sin el consentimiento del pueblo. Y tampoco era conveniente obtener ingresos rebajando el contenido metálico de las monedas. Dicho de otra manera, ese arbitrio de tan nefastas prácticas monetarias era ilícito y perjudicial.

Con el desarrollo teórico que vino después se comprobaron las tesis del padre Mariana. Hoy sabemos que ese deterioro continuado en calidad de la moneda de vellón causaba inflación. En este sentido, el padre Mariana puede considerarse como uno de los precursores de las grandes ideas del liberalismo económico contemporáneo, por su lucha contra la inflación, lo que puede colegirse de su percepción de limitar el gasto de la casa real y fortalecer una administración más eficiente. Aquí nos acercamos un poco más al problema de la probidad contable en los avatares históricos de la política monetaria.

En otro pasaje de Mariana, tomado de su *Historia de España*, contar significa ‘pagar, entregando varios objetos uno a uno o por grupos hasta completar cierto número’. «Por el dinero restante le dio en rehenes a un hijo de don Juan Ramírez de Arellano, llamado como su padre, por estar el tesoro del rey tan gastado que no se pudo *contar de presente*» (Mariana, 1848, p. 238; *Cfr.* Cuervo, 1994, p. 447).

En lo antiguo *contar* significaba ‘pagar con dinero contante, en efectivo’, como puede constatarse en este pasaje de Mateo Alemán (1547-1604), autor

español de la novela picaresca *Guzmán de Alfarache*, publicada en dos partes, en 1599 y 1604: «Contóme los escudos en la palma de la mano» (Alemán, 1992, t. 1, p. 368; *cf.*: Cuervo, 1994, p. 447). También se decía «pagar de presente», es decir, «de contado» o «al cantado», expresión más moderna, por influencia de «al fiado» o «a plazo»: «Un tío mío compró toda la hacienda y la pagó de contado» (Cervantes, 1979, p. 679). «Tenía mandado que sus despenseros no comprasen ninguna cosa fiada, sino todo de contado y por justo precio» (Mariana, 1848, p. 238; Cuervo, 447b). «Prestó aquel rey cincuenta mil escudos de oro; veinte mil se dieron luego de contado, los demás en pólizas» (Mariana, 1848, p. 238; *cf.*: Cuervo, 1994, p. 447). «La falta de comercio y de industria, y por consiguiente de capitales en estas provincias, nunca proporcionará las ventas al contado» (Jovellanos, citado por Cuervo, 1994, p. 448).

En autores como Fray Luis de Granada, se evidencia el rechazo de la usura, por influencia de Aristóteles, quien condena la crematística, en defensa del valor justo; *el dinero no debe generar dinero*. Los griegos también condenaban la usura; no estaba en su *nomos* o ley moral. En la doctrina cristiana pecan en contra del mandamiento que prohíbe el hurto a los ladrones de la República y los que pueden y no socorren al prójimo en su grande necesidad. El pensamiento de hurtar nace en los que procuran medios ilícitos e injustos para beneficio propio; sus raíces son la avaricia, la envidia y la codicia de las cosas ajenas. Todos ellos son contados con los inicuos:

También pecan contra este mandamiento los que no pagan cumplidamente los diezmos y primicias; los señores que no pagan a sus criados, o les dilatan las pagas con daño de los mismos, porque vengan a contentarse con menos de lo que se les debe; los que mezclan las cosas que venden y dan uno por otro, menos bueno, al precio de como vale lo bueno, y no dan justo peso y llena medida; los que traen contratos usurarios o injustos; los que venden en más al fiado que de contado, saliendo del precio riguroso que corre de presente, de manera que solo por fiar venden a más; los que contra las leyes y estatutos votan en cabildos, y ayuntamientos, y cátedras, y elecciones; los que admiten personas indignas para oficios eclesiásticos o seculares, o las prefieren a las que son dignas; los jueces que disimulan con malos ministros y oficiales, que o dañan del todo, o menoscaban los negocios por insuficiencia o malicia; porque estos son ladrones de la República; los que pueden y no socorren al prójimo en su grande necesidad. (Granada, 1863, p. 108; *cf.*: Cuervo, 1994, p. 447).

Son derivados de *contar* 'narrar' (gallego-portugués, *conto*; italiano, *racconto*; provenzal, *compte*; francés, *conte*): *cuento* 'relato', hacia, 1200; *cuentero*, *cuentista*. En este contexto, contar una cosa es decir lo que ha sucedido, ya sea historia

o algún acontecimiento. Tomemos algunos ejemplos del *Quijote*: «contaron a sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno» (Cervantes, 1979, p. 1114); «El poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser» (p. 892); «El cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, lo contáis con muy buena gracia» (p. 307).

He aquí otros autores. En el título de la autobiografía de Gabriel García Márquez, contar es narrar los acontecimientos más importantes que le sucedieron a lo largo de su vida: «Vivir para contarla» (García Márquez, 2002). El siguiente pasaje muestra que bien contado no es malo ningún cuento, de suerte que, como dice Gracián, *lo bueno, si breve, dos veces bueno; lo malo, si breve, menos malo*: «Los más importantes sucesos se cuentan en dos palabras» (Conde, 1840, citado por Cuervo, 1994, p. 450).

Por lo demás, cabe destacar que *contar* se usa en ciertas frases que ponderan el peligro de que alguno ha escapado o incluso perecido: «por poco no lo cuento. No quedó quién contara el cuento» (Cuervo, 1994, p. 450). También puede usarse como expresión informal o vulgar de incredulidad, a manera de réplica que se da a quien propone algo difícilmente aceptable o engañoso: cuéntaselo a tu abuela/padre/madre. Contar, referir un caso o acontecimiento, tiene múltiples acepciones: *cada uno cuenta de la feria, como le va en ella*.

Referencias

- Agustín. (1952). *Confesiones*. Madrid: Aguilar.
- Alemán, M. (1992). *Guzmán de Alfarache*. 2 tomos. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Álvarez Figueroa, R. (2009). *El mito como fuente para una comprensión holística de la realidad* (proyecto doctoral inconcluso). S. d.
- Benveniste, É. (1969). *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas. I. Economía, parentesco, sociedad. II. Poder, derecho, religión*. Madrid: Taurus.
- Blumenberg, H. (2002). *La posibilidad de comprenderse*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Borges, J. L. & Casares, A. B. (1967). *Cuentos breves y extraordinarios*. Buenos Aires: Santiago Rueda.
- Cancionero de Baena. (1851). *El cancionero de Juan Alfonso de Baena: siglo XV*. Madrid: Imp. de la Publicidad, a cargo de M. Rivadeneyra.
- Carroll, L. (1969). *En el mundo del espejo*. Ilustraciones de John Tenniel. Barcelona: Editorial Juventud.

- Carroll, L. (1983). *Alicia a través del espejo*. Ilustraciones de John Tenniel. Madrid: Alianza Editorial.
- Carroll, L. (1993). *Through the looking glass and what Alice found there*. Ilustraciones de John Tenniel. Nueva York: Books of Wonder.
- Carroll, L. (2010). *Alicia anotada*. M. Gardner (Ed.). Ilustraciones de John Tenniel. Madrid: Akal.
- Castellanos, J. (1944). *Elegías de varones ilustres de Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
- Castillejo, C. (1935). *Fábula de Polifemo*. Madrid: Cruz y Raya.
- Cervantes Saavedra, M. (1979). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Madrid: Aguilar.
- Corominas, J. & Pascual, J. (2001). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. T. 2. Madrid: Editorial Gredos.
- Cortina, A. (2009). *Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI*. Madrid: Ediciones Nóbels.
- Covarrubias, S. (1943). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Barcelona: S. A. Horta de Impresiones y Ediciones.
- Cuervo, R. J. (1994). *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. T. 1. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Damon, C. (2018). Name your price! On the Assessments of Value and the Value of the Assessments in Lucilius. En B. W. Breed, E. Keitel & R. Wallace, (Eds.), *Lucilius and satire in second-century BC Rome* (pp. 236-244). Cambridge: Cambridge University Press.
- De Cuenca, L. A. (2004). Los poetas. En L. A. de Cuenca & A. Alvar (Eds.), *Antología de la poesía latina* (pp. 173-177). Madrid: Alianza Editorial.
- Escobar Ávila, M. E. (2019). *Museo contable como mediación pedagógica. Una propuesta cultural para Colombia* (tesis de doctorado). Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Espronceda, J. (1865). El Diablo Mundo. *Obras poéticas* (pp. 151-344). París: Baudry, Librería Europea.
- García de Diego, V. (1951). *Gramática histórica española*. Madrid: Editorial Gredos.
- García de Diego, V. (1961). *Gramática histórica española*. Madrid: Editorial Gredos.
- García de Diego, V. (1985). *Diccionario etimológico español e hispánico*. Madrid: Espasa-Calpe.
- García Márquez, G. (2002). *Vivir para contarla*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

- Gardner, M. (1985). *Izquierda y derecha en el cosmos*. Barcelona: Biblioteca Científica Salvat.
- Gil, J. (2004). El latín tardío y medieval (siglos VI-XIII). En R. Cano (Coord.), *Historia de la lengua española* (pp. 149-182). Barcelona: Ariel.
- Gómez de Silva, G. (1998). *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.
- Granada, L. (1863). Compendio y explicación de la doctrina cristiana. *Obras del V. P. M. Fray Luis de Granada* (pp. 57-177). T. 3. Madrid: M. Rivadeneira, impresor, editor.
- Granada, L. (1848). Guía de pecadores, en la cual se contiene una larga y copiosa exhortación a la virtud y guarda de los mandamientos divinos. *Obras del V. P. M. Fray Luis de Granada* (pp. xxxvii-170). T. 1. Madrid: M. Rivadeneira, impresor, editor.
- Guedj, D. (1998). *El imperio de las cifras y los números*. Barcelona: Ediciones B. S. A.
- Kytzler, B. (1989). Lucilio. *Breve diccionario de autores griegos y latinos* (p. 158). Madrid: Gredos.
- Lapesa, R. (1981). *Historia de la lengua española*. Madrid: Editorial Gredos.
- Lucilio. (1938). Lucilius. The Twelve. Fragmento 906. En E. H. Warmington (Ed.), *Remains of Old Latin*. Londres: The Loeb Classical Library.
- León, L. (1946). *Poesías*. Barcelona: Montaner y Simón.
- Lucilio. (1991). Los fragmentos de sus sátiras [Fragmentos 614/884-5; 791/1228-34]. En J. Guillén Caballero (Ed.), *La sátira latina*. Madrid: Ediciones Akal.
- Lucilio. (2004). La vida cotidiana. En L. A. de Cuenca y A. Alvar (Eds.), *Antología de la poesía latina* (p. 20). Madrid: Alianza Editorial.
- Maharshi, R. (1992). Estrofa 15 del Sat Darshana [Visión del Ser]. En E. Ballesteros Arranz, *Comentarios al Sat Darshana de Sri Ramana Maharshi*. Madrid: Bhisma, S. L.
- Mariana, J. (1848). *Historia general de España*. T. 2. Madrid: Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, editores.
- Mariana, J. (1854). Tratado y discurso sobre moneda de vellón que al presente se labra en Castilla, y de algunos desórdenes y abusos. Escrito por el padre Juan de Mariana en idioma latino, y traducido en castellano por él mismo. *Obras del padre Juan de Mariana* (pp. 577-593). T. 2. Madrid: M. Rivadeneira, impresor, editor.
- Mariana, J. (2017). *Tratado y discurso sobre moneda de vellón*. Madrid: Deusto-Value School-Instituto Juan de Mariana.

- Martínez Kleiser, L. (1986). *Refranero general ideológico español*. Madrid: Editorial Hernando.
- Monlau, P. F. (1946). *Diccionario etimológico de la lengua castellana*. Buenos Aires: Joaquín Gil, editor.
- Montaigne, M. (2009). *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*. Barcelona: Acantilado.
- Moratín, L. (1944). La comedia nueva. En C. A. Buenaventura (Ed.), *Obras de Don Nicolás y de Don Leandro Fernández de Moratín* (pp. 358-372). T. 2. Madrid: Academia de la Lengua Española.
- Mounin, G. (1979). Metonimia. *Diccionario de lingüística* (pp. 121-122). Barcelona: Labor.
- Narciso Herranz, D. (1790). *Aritmética pura y comercial. Dividida en dos partes: la primera instruye a los principiantes en lo pertinente a la aritmética pura; la segunda trata de los cambios o reducciones de monedas de la mayor parte de las principales plazas de comercio de la Europa*. Madrid: Imprenta de D. Benito Cano.
- Pascal, B. (1964). *Pensées*. Paris: Éditions Garnier Frères.
- Penny, R. (1993). *Gramática histórica del español*. Barcelona: Ariel.
- Pickover, C. (2014). *El libro de las matemáticas*. Kerkdriel: Librero.
- Polo, M. (1958). *Il Milione. Il libro de Marco Polo detto Milione, nella versione trecentesca dell'«ottimo»*. Turín: Giulio Einaudi.
- Polo, M. (2004). *Libro de las cosas maravillosas*. Bogotá: Revista Credencial.
- Roberts, E. & Pastor, B. (2018). *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*. Madrid: Alianza Diccionarios.
- Samh, Ibn al-. (2006). *Compendio del arte del cálculo*. Madrid: Nivola Libros Ediciones-Patrimonio Nacional.
- Schmandt-Besserat, D. (1999). *The history of counting*. Nueva York: Morrow Junior.
- Steward, I. (2009). *Historia de las matemáticas en los últimos 10.000 años*. Barcelona: Crítica.
- Valera, J. (1999). Un poco de crematística. *Obras de D. Juan Valera* (pp. 173-226). Vol. 2. Madrid: Imprenta y Fundación M. Tello.
- Valera, J. (2000). *Pasarse de listo*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Virgilio Marón, P. (2010). Bucólicas. *Obras completas*. Madrid: Cátedra.
- Vox. (2002). Contar. *Diccionario ilustrado de la lengua*. 4 t. Barcelona: Spes Editorial.